



Dib. RIVERÓN.—Madrid.

—¿Te acuerdas del pobre Polito?
—¿Ha muerto?
—¡No; es que ha heredado!

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (15 números).....	5.20 pesetas
Semestre (26 —).....	10 40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (15 números).....	6.20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ c 50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

————— MADRID —————

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

SECCION RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por DIEGO MARSILLA

20.—¡Guardias!!

I I I I I
NEGACIÓN

21.—Charada.

—¿Por qué *cuarta segunda* el chico?
—Porque le duele una *prima cuarta*.
—Pues *tercia segunda*, no es la cosa para haber armado ese *todo*.

22.—En bandos..., el «acabóse».

S
PIRINEOS

Concurso de pasatiempos de julio

Sorteo de premios.

Verificado el sorteo en la fecha señalada, a presencia de varios pierdetiempistas, resultaron agraciados los señores siguientes:

PRIMER PREMIO.—Núm. 30, D.^a Pilar Abelle; un juego de te, de porcelana fina con filete plateado.

SEGUNDO PREMIO.—Núm. 27, D. Francisco Sánchez; un artístico frutero de cristal y metal blanco.

TERCER PREMIO.—Núm. 23, D. Jacinto Romero; un pisapapeles de bronce y cristal.

Los agraciados podrán recoger sus premios en esta Administración, precisamente cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.

Concurso de pasatiempos de Agosto

Soluciones.

1. *Decapitado*.—2. *Papeles son papeles, Cartas son cartas*.—3. *Calebocero*.—4. *En el entierro de Zafra*.—5. *Analfabetos*.—6. *Cáspita*.—7. *Hay que ver, hay que ver, las faldas que hace un siglo llevaba la mujer*.—8. *Coco-*



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

dri.o.—9. *Cómico*.—10. *Detenido*.—11. *Perezoso*.—12. *De dos males el menor*.—13. *Cicuta*.—14. *Tresillo*.—15. *Museraña*.—16. *Salir por pies*.—17. *Salchichón*.—18. *Ateneo*.—19. *Camisa*.—20. *Trabajo y economía es la mejor lotería*.—21. *Grande es Dios en el Sinal*.—22. *El solo*.—23. *Madrigal de las (Altas) Torres*.—24. *Uno de arriba y uno de abajo*.—25. *La careba*.—26. *Académico*.—27. *Galápago*.—28. *El tributo de las Cien Doncellas*.—29. *Mecánica*.—30. *Los Amentes de Tueruel*.—31. *La Marsellesa*.—32. *Mozo, café con media*.—33. *Amores y Amores*.—34. *Estacezo*.

De las 17.628 soluciones recibidas sólo han resultado exactas las de los señores siguientes:

1. Pilar Peña, 2. José Pedro, 3. Manuel J. Sánchez, 4. Ramón Martín, 5. Sergio Tejada, 6. Pedro Escalera, 7. Emilio Franco, 8. Lolita Vázquez, 9. Manuel G.^a Reyes, 10. Fernando Peña, 11. Miguel Pérez, 12. Horacio García de Alía, 13. Enrique Pineda, 14. Rcdolfo Meléndez, 15. Angel Tejero, 16. Gregorio Gómez, 17. Acisclo Treñor, 18. Mauricio Sitarro, 19. Lucas Trianda, 20. Cirilo Meneses, 21. Pauli-

23.—Antes de jugar al polo.

N R E E A

24.—Se caen y se levantan.

II SAN GR GORO II
II

25.—Una zarzuela.

NOTA CANTAR
50050050515000

no de Carpio, todos de Madrid; 22. Adelita Peyrona, 23. Mercedes Peyrona, 24. Maite Olarán de Betore, 25. Marichu Peyrona, 26. M. Irureta, 27. Angelita Abaunge, 28. Concha de Diego, 29. María Luz de Oca, 30. Carmen Viejo; todas de San Sebastián; 31. María Isabel Uryole, 32. Fernanda Mora, 33. Tristán Mall, 34. Agapito Triay, 35. Amalia Hita, 36. Lupe de Arce, 37. Anita Escudero, 38. Pedro Pons, 39. Manuel Ullises, todos de Valencia; 40. María Colón, Vitoria; 41. Sebastián Freixe, Trillo; 42. Pepe Herrero, Torrelaguna; 43. Antonio Borgue, Torrelaguna; 44. Ricardo Abaunza, Bilbao; 45. Sotero Mínguez, Bi bao; 46. Carmen Domínguez, Portugalete; 47. Concha Rodríguez, Santander; 48. Aurora Pelayo, Santander; 49. Manuel Fernández, Santander; 50. Manuel Florit, Castellón; 51. Manuel de Matos, Ceuta; 52. Patricio Mingo, Suances; 53. Sotero Miranda, Logroño; 54. Miguel Gastón, Benavarre; 55. Julio Antiche, Huesca; 56. Ignacio Hidalgo, Canfranc.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (Plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 30 del actual.

Crema Solar

Boca sana :- Dientes blancos.
Allento perfumado.

CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de septiembre.

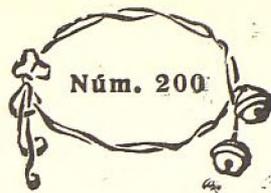


Los entusiastas
partidarios de los depor-
tes son también conven-
cidos partidarios del
A G U A D E
COLONIA AÑEJA

Conocen la deliciosa sensa-
ción de bienestar y frescura
que proporcionan, después
de las violencias del ejercicio
físico, unas buenas fricciones
con esta exquisita Agua de
Colonia, compuesta de alco-
hol neutro de 90° y esencias
concentradas de flores y fru-
tas. Es un eficaz estimulan-
te de la energía física. Toni-
fica los nervios y da a los
músculos agilidad y vigor.

Frasco de litro, 15 pts.; frasco pequeño, 2,50
en toda España.

PERFUMERÍA GAL. -- MADRID



ERROR TAURINO



No, no; mi querido amigo José López Rubio. He leído tu crónica «El arte de torear» y he lamentado mucho tener que disentir, chico.

No creo que te aproveches de que el becerro que lidiamos en El Escorial esté muerto, para contarnos ahora que tú ibas por tu terreno al ser cogido. No, no.

Prueba de ello es que en el juicio que he tenido por haberlo matado, todos los testigos han declarado que el becerro iba por su mano derecha cuando te cogió a tí y cuando cogió a Alonso, el cartelista, y cuando atropelló a nuestro dibujante «Augusto» contra el farol que hay en medio.

No, no, Pepe; el becerro no se metió en tu terreno, y ya ves que yo no soy sospechoso, puesto que te he querido a tí siempre mucho más.

Yo creo que ni él iba a por tí ni tú ibas a por él. Tú ya conoces el teatro chino: aquí imita que hay una silla; aquí imita que hay una puerta; aquí imita que hay una pared... Pues bien; allí imitaba que había una esquina. Y lo hicisteis tan bien—¡locos!—que ¡pum! vino el encontronazo.

Pero, amigo, entonces vi la cantidad de simpatías que tú tienes, y confieso que tuve unos poquillos celos. Porque todos vinieron a mí diciendo:

—¡Que ha cogido a López Rubio!

—¡Que ha cogido a Pepe!

«Tono» me lo gritaba desde un palco; Espinosa y tu hermano, el dibujante, desde el tendido; Robledano, «K-Hito», Pellicer, Bilbao, Durán, al oído, materialmente...

—¿Y qué queréis que yo le haga?

—Cualquier cosa—me respondió Pellicer—. Ese bicho no debe quedar así. Nosotros hemos venido a este pueblo porque nos había dicho el mismo López Rubio que eras un poco cacique... Y, por lo visto no lo eres.

—Además—añadió Penagos—¡ffjate en que es el único

escritor de la cuadrilla. Siquiera, por compañerismo.

—Pero, hombre—dije abrumado—, que lo lleve al Juzgado...

Entonces vino Carrizo, el director de *Renovación*, que había organizado la fiesta, y me dijo:

—Ove, a ver qué hacemos. Mira que ese muchacho vale mucho y puede hacernos una mala campaña. Yo creo que debes matar al becerro.

—¿Yo?—exclamé aterrado.

En esto llegó Tovar, y añadió:

—De parte de tu presidenta María Teresa Manfredi, y de las otras presidentas señoritas de Infante y Romero Girón, que mates a ese becerro, por haber querido matar a ese muchacho.

Entonces viene Penagos, y me trae un soberbio estoque, diciendo:

—Toma; mávalo.

—¡Por Dios! Pero si Pepe Méndez,

el ganadero, es muy amigo mío...

—¡Tú mata al becerro! Que no nos le hubiera soltado tan bravo.

—Además, no tengo licencia para uso de armas—argüí.

—¿Eres del «Somatén»?

—¡Cá! Tampoco

—Eso es peor. Entonces... lleva el estoque escondido detrás de la espalda. Así hacen muchos matadores.

En esto llega Graciano Atienza, y me da un trapo colorado.

—¿Pero qué es esto?—pregunto.

—El engaño.

—¿Es que usted cree que esto es el Huerto del Francés?

—No, hombre; pero así han matado Porras y Carlos Serrano a los otros becerros, y nadie les ha censurado.

No tuve más remedio. «Improvisé» una formidable aleluya de Robledano ante las presidentas, y me fui al animal, que era codicioso. Y como la codicia rompe el saco, el becerro estaba empeñado en romperme la muleta, porque creía que era de arpillera. Así me salieron de naturales aquellos pases.

Le maté de media estocada. La otra media le salía por la tripa ¿te acuerdas?

Empezaba a gotear, y el público limpió con los pañuelos el polvo de sus sombreros. Pero esto lo interpretó mal mi presidenta, y me concedió las dos orejas y el rabo.

Antonio Márquez, Sánchez Mejías, Belmonte y Víctor Pradera, estaban el otro día en la estación del Norte, esperando que saliera su exprés.

Yo iba a El Escorial. Un grupo compacto de público les miraba a ellos. Ellos se dieron con el codo y empezaron a mirarme a mí.

Y todo, por tu cogida.

Gracias, Pepe López Rubio.

ANTONIO ROBLES

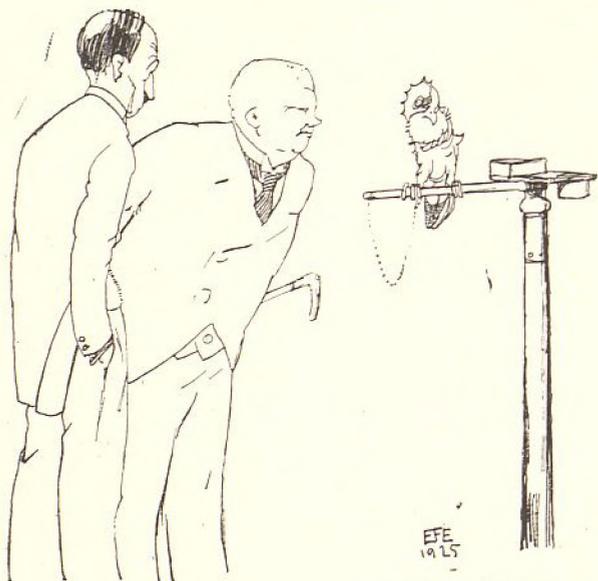


EL GENERAL DE LAS SEIS GALLINAS

Don Ildefonso Antonio de Bermejo, de historiadores fieles claro espejo, rebuscador tenaz en los archivos y que ya dejó el mundo de los vivos, cuenta en libro ameno, delicioso, un lance muy gracioso que en Cádiz ocurrió a Luciano Reyes porque quiso vivir bajo las leyes con un gobernador grave y severo que anhelaba pasar por justiciero; recto varón y militar honrado, que a la ordenanza nunca hubo faltado... (El caso aconteció en mil ochocientos, soplando para España malos vientos). El tal Reyes, en carta respetuosa, aunque de ortografía algo dudosa, pedía a *Su Hexcelencia* que le diese licencia para instalar en próximo cercado, los días de mercado, un espeso redil hecho de cuerdas para encerrar en él cerdos y cerdas, gallos, gallinas y otros animales, cuya venta le diera algunos reales, si no para vivir en la opulencia, al menos con decoro y con decencia. El buen gobernador (general era, y ya he dicho que honor de su carrera), al pie del documento de Luciano puso con firme, aunque arrugada mano: «Concédase permiso al suplicante por ser justo ayudar al comerciante». Este, profundamente agradecido, y estamos por decir, que conmovido, se fué a las oficinas llevando seis gallinas y díjole al portero: «Son para el general que yo venero

y al que diera mi sangre si algún día pidiese que me hiciera una sangría». Lo supo el general, y muy nervioso, descompuesto, furioso, queriendo castigar aquel cinismo escribió esta sentencia, por sí mismo: «A fin de que no vuelva con regalos, mando y ordeno que le den seis palos por haber sido seis las dichas aves. Que le encierren después bajo seis llaves rodeado de sabias precauciones y le tengan seis días en prisiones dándole de comer forzosamente una sola gallina diariamente por espacio de seis días cabales; transcurridos los cuales, encargo al carcelero le dé seis puntapiés en el... testero y a la calle me eche a ese menguado que mis cruces y bandas ha ultrajado sin querer comprender el majadero que siendo general, soy caballero». Al saberlo los cultos gaditanos en sus bromas graciosos, pero urbanos, pusieron con algambre en las esquinas: «¡Viva el gobernador de las gallinas!» Y ya con este mote conocido, jamás se le nombró por su apellido. ¿Fue su conducta rara o conveniente? Mi opinión la resumo en lo siguiente: ¡Qué felices serían las naciones si hubiera en cada una seis varones como aquel general, cuya memoria digna página ocupa en nuestra historia!

Por la copia,
TOMÁS LUCEÑO



Dib. EFE.—Madrid.

—Este loro repite todo lo que oye.
—Pues ahora no dice nada.
—Es que hay que gritarle mucho, porque es bastante sordo.



Dib. BERNAD.—París.

—Te aseguro, hijita, que me es imposible casarme este año.
—Eso ya me lo dijiste el año pasado!
—Lo que te prueba que yo soy un hombre de palabra.

COSAS DE TEATRO

LOS ACTORES ÚTILES



Más que en parte alguna, en el mundo de las bambalinas hay marcadísima la diferencia entre lo útil y lo brillante. Existen cómicos —y cómicas— de mérito positivo y de grandes simpatías en los públicos, que realzan sus papeles con la interpretación personalísima que suelen dar a los personajes y que son siempre muy solicitados por las empresas para que figuren a la cabeza del cartel, sabiendo que su nombre es ya una garantía de éxito en la taquilla, pero que, fuera de escena, son el tormento de los empresarios y la pesadilla de los autores.

Si trabajan en una obra ha de ser a condición de no trabajar en otra: rechazan el papel *si no les va* a sus condiciones o si no es bastante grande para su categoría o si hay otro en que alguien se pueda lucir más o si la amiga y protegida no tiene suerte en el reparto...

Con la mayor parte de las estrellas

y de los *estrellos* se vive siempre con el alma en un hilo y temeroso de que se hayan enfadado por una observación que se les hizo e incluso por una cortesía que se les guarde, que a mí se me incomodó un primer actor porque le di a elegir papel en una obra en que había muchos importantes y de índole diversa.

Y al saber su enfado y extrañarme yo de que una atención y una deferencia cortés — que eso era y eso quería ser mi conducta en aquella ocasión — pudiera interpretarse como un agravio, me contestaron con no mucha amabilidad:

—¿No soy el primer actor? Pues no se me consulta y se me reparte el primer actor.

—Exacto, cuando en la obra no hay más que uno, pero cuando hay varios papeles, todos de igual importancia...

—¡Pues a mí el primero!

—Hombre, sí...; ¿pero, cuál entiende usted que es el primero?

—¡Eso no se discute! ¡El primero!

—¡Bueno! Tiene usted razón.

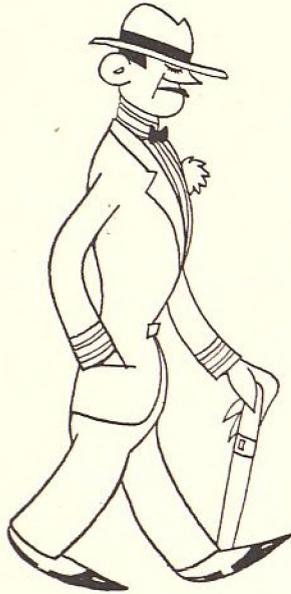
Y como era un actor cómico le adjudiqué el papel más serio y más fríste de la comedia, teniendo la suerte de coincidir con su propia opinión, pues él también entendía que lo más indicado era lo que menos le pudiera servir.

Al lado y en contraste de estas eminencias quisquillosas, con quienes el buen afecto y el buen deseo se estrellan irremediablemente, hay la medianía servicial y voluntariosa, el cómico útil y dispuesto para hacer todos los papeles — que en ninguno se luce, pero que ninguno lo estropea — que jamás se disgusta y que está pronto siempre a sustituir a los compañeros sin necesidad de ensayos, resolviendo todos los conflictos con su actuación discreta e infatigable.

Lo único que estos infelices no tienen bueno es el sueldo. Lo demás, todo. Incluso la salud, pues hasta ellos mismos están persuadidos de que no les

conviene caer enfermos. Y para no causar una contrariedad a las empresas han resuelto desde el primer momento de contratarse no enfermar ni una sola vez.

No piensan nunca en la gloria, pero



no dejan de pensar ni un minuto en el pan nuestro de cada día. Y muchos de estos desgraciados ni siquiera añaden: *dánoslo hoy*.

No. Dicen: *dánoslo hoy... o mañana*. Como con las empresas, no quieren tampoco mostrarse exigentes con la Divina Providencia.

Calixto Buendía era uno de estos infelices, candidatos permanentes a la miseria y al trabajo continuo. El único buen día de su azarosa existencia lo tuvo en el apellido. ¡No fué mucho tener!

Hace poco se me presentó Buendía en casa. no diré que atildado y a la última moda, pero sí correcto y pulcro, como siempre, que este es otro de los innumerables martirios a que se ven forzados los pobres actores de sueldos pequeños y de contratos ¡ay! muy espaciados. Para no desentonar de los compañeros pudientes y no dificultarse el acceso a sus tertulias, han de ir regularmente vestiditos... ¡y sólo Dios sabe lo que eso les supone de sacrificios y de privaciones de toda clase!

—Hola, Buendía.

—Hola, Don Manuel.

—¿Qué te trae por acá?

—Una infamia, Don Manuel, una infamia! ¡Me despidieron de la Compañía!

—Pero, hombre...

—Como usted lo oye. Y vengo a ver si usted podría recomendarme a otra empresa.

—Con mucho gusto.
—Sin falsa modestia, creo que soy un actor útil.

—¡Muy útil!

—Usted me conoce de trabajo.

—Más. De trabajos.

—También. Paso unos pocos; sí, señor; pero ahora me refería al del teatro solamente.

—Pues yo me figuré que estarían muy contentos de usted...

—Y debían estarlo porque les he servido siempre con un celo y una formalidad extraordinaria.

—De eso tiene usted fama.

—Merecida, señor, muy merecida; porque habrá quien cumpla con más condiciones personales, pero con más voluntad, no.

—Ya lo sé.

—Y es una infamia, créame usted,



como se lo digo, una infamia. Para salir a provincias se hicieron economías y, naturalmente, muchas bajas en la formación, quedándonos solo los precisos; así es que, en cuanto llegaba una obra de algún reparto empezamos a doblar papeles los artistas, y una de cortes y tajos y mandobles que se quedaban las pobrecitas comedias irritando ¡y ni el mismo autor las conociera!

—Ya conozco eso, ya. O mejor dicho, ya desconozco mis com. días, ya.

—Buero. Pues aunque yo me paso los meses sin ver un papel, empezó mi nombre a coizarse en alza por los pueblos. Buendía, mañana haces el Lorito de *La Pesca*! ¡Buendía, esta noche haces el Lucio de *El Genio Alegre*! Y aquí tiene usted a Buendía haciendo lo que le mandaban sin rechistar..., y no digo que haciendo los papeles, porque, ¡la

verdad!, no estoy muy seguro de que aquello fuera hacerlos.

—Mejor que otros, seguramente.

—¡Por lo menos con una fé y unas ganas de quedar bien...! ¡Estudiaba como un loco! A veces me confundía..., ¡claro!, con tantos papeles a un tiempo...; pero otras veces me defendí.

—Lo creo.

—Pero, en fin, la obediencia lo primero. Y salvar a la empresa.

—Bien hecho.

—¡Y que algunos papelitos se las traían para improvisados! ¡Con el miedo que yo salí en Cáceres a hacer la Mercedes de *El Abolengo*!

—¿La Mercedes?

—Sí, señor.

—¿Que hizo usted la Mercedes?

—Sí, señor. Me lo mandaron...

—¡Pero, Buendía!

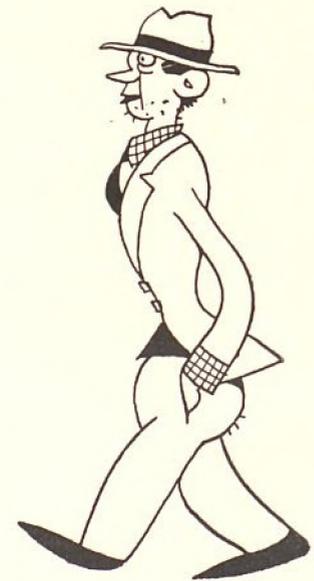
—Le cambiamos el nombre..., se llamaba Luisito, en Cáceres...; pero no repasaron el papel de los otros, y cuando el Ricardo me dijo *que era preciosa*, ¡se armó un escándalo en Cáceres que se oyó en Badajoz también!

—¡Pero, Buendía!

—La culpa fué de Ricardo. Pero no se lo advirtieron y el muchacho no supo enmendarlo en escena..

—¡¡Buendía!! ¡¡Buendía!!

—Y ahora me echan. ¿No es una infamia?



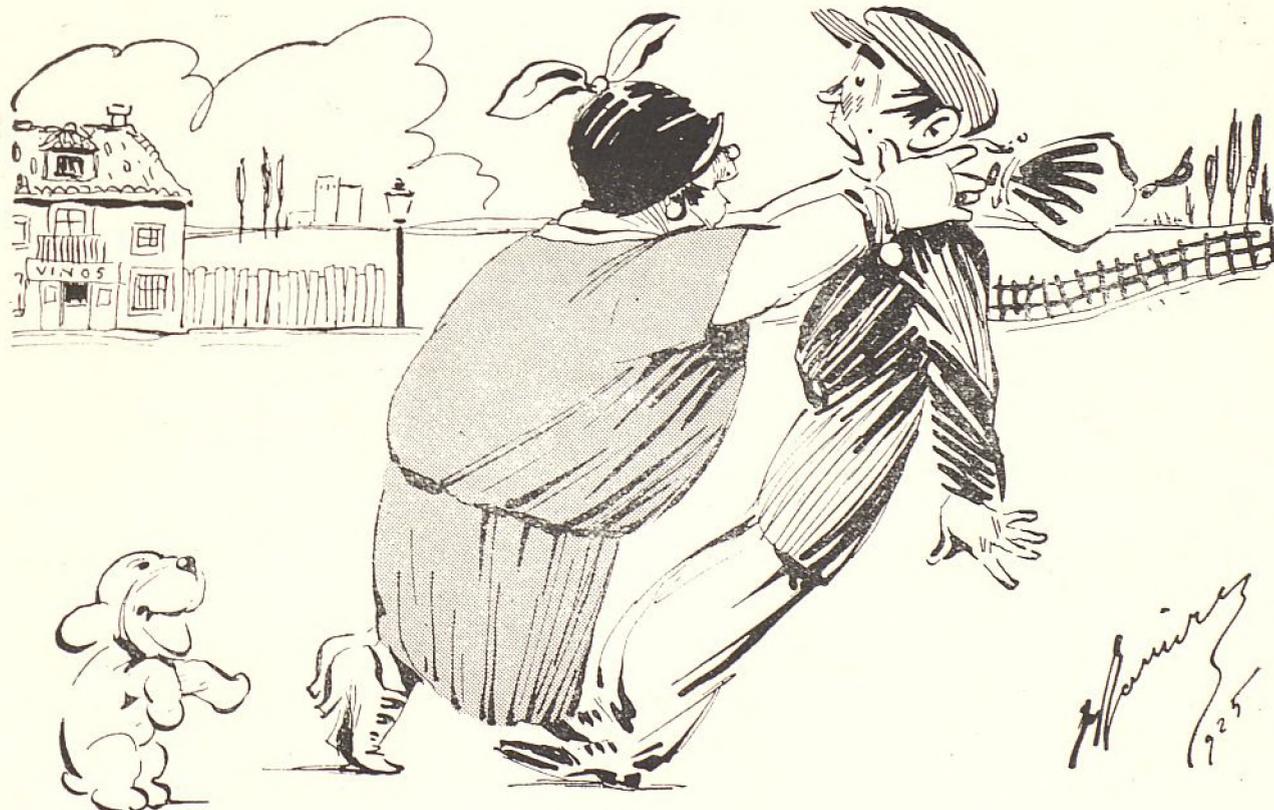
—Tiede usted razón. Una infamia. Y aunque no sea más que por el gusto de verle a usted hacer la Mercedes, le voy a recomendar ahora mismo a otra empresa...

MANUEL LINARES RIVAS

LAS HAY DESGREÑADAS (drama en dos actos).



—La bolsa o la vida!



—¡Las dos cosas, simpático apachel!

Ramírez
1925

Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

RAMONISMO

LAS CASAS DE LOS GUARDAS

Las casas de los guardas de los jardines públicos son casas en que se guarece el último refugio de los cuentos infantiles, el último ambiente del palacio encantado del bosque, un trocito nada más, pero un trocito verdadero de todo eso.

En las casas de los guardas de los jardines ingleses borda la hija del guarda pañuelos para la reina; pues según tradición, la reina no usa más pañuelos que los que la festonean y la enseudajoyan las hijas de los guardas de los jardines públicos. En cambio, Su Majestad mantiene en sus puestos a los padres e invita a ellas a la recepción que se celebra en Palacio el primer día del año, acudiendo todas muy vestidas de princesas, con trajes descoloridos, verdes, rosa, amarantos, con los que se abre mucho la plazoleta de su pecho.

Aún me acuerdo de aquellas cristalerías resplandecientes en que la más pálida de las azucenas del jardín daba puntadas con aguja de oro en el lago neofásico y asfodélico de su bastidor.

Las casas de los guardas de París son más tristonas, queda colgado de una percha el último traje de cretona de la última hija que se le fué al guarda para triunfar por el mundo después de haber sido elegida reina de la belleza del barrio del jardín. Queda en sus cristales como trechos con cuarterones de cola, la nota opaca y triste de

sillas en que el guarda sólo puede dejar la americana de que se despoja para ponerse el traje de guarda.

Pero yo no sé qué tienen siempre estas casas, que aun en embrión guardan la solemnidad del palacio que necesitan ser en la imaginación.

Los guardas madrileños son modes-



tos y alegres y les basta su quiosco para vivir optimistas. El caso es que tienen un cobijo para los chaparrones o los vientos demasiado fuertes en esas covachuelillas en que está la flor cordial del jardín.

Los guardas madrileños también es verdad que lo que menos hacen es estar en las casetas. Ellos se pasean, unos con un ex senador que les va a dar conversación repasando sus opiniones sobre todas las cosas, algunos con un ama de cría, cuya misión guardan para que no vayan otros niños hambrientos a buscar lo que el niño de ojeras azulosas tiene derecho y alguno con la señora que persigue y ama a los guardas del jardín.

Es curioso ese tipo de dama ensombrecida y avestruézca que adora a los guardas y los busca en sus plazoletas de serenidad.

Un poco chillado no se pone a tono con ellos. Ella va por otro camino. Ella les lee poesías de ese libro de Balar que lleva consigo, como breviario de sus latidos.

Los guardas saben que es una dama de mucha alcurnia a la que podría llevar el manguito o la sombrilla un lacayo siguiéndole los pasos y la miran extasiados, rizando el bigote de caracolillo. Ella con discreto enloquecido —el tipo de Doña Quijota está por trazar— les convida a cerveza en el aguado del jardín y mientras toman la cerveza faltando a todos los reglamentos ponen miradas vagas y lejanas. Su deber mientras son convidados.

—Mi ideal, señor guarda—les dice—, ha sido siempre un custodio de jardín...

—Si yo no fuese casado, señora marquesa...

Y la dama enamorada de los guardas, y a la que no se sabe por qué llaman entre ellos «la Marquesa», pasean por el jardín como por una Garden Party en su honor.

Ante esas casas y ante esos guardas sosegados y chambelanescos, siempre he pensado que mi verdadero ideal hubiera sido ser guarda de jardín.

Yo he rondado siempre esas casillas de los guardas como un vago ideal, lo que parece un hórreo de cristales soñadores, en el jardinillo del príncipe, en la plaza de Oriente, esa de la plaza de Bilbao en que vivía el general de la Fontanería y en la que debía haber una pragmática concediendo especiales derechos y bienestar al que la ocupaba; bastantes otras y hasta aquella aristocrática de los jardines del Rey alrede-



la nostalgia de la hija ida. Se ve que en sus casitas ha estado el hada, pero se fué y sólo queda su anciano papá.

Las casas de los guardas en Madrid de España son muy pequeñas, son ca-



dor de la que las hijas del guarda jugaban al golf y daban el salto del sílfides del tenis.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

(Ilustración del escritor.)

BAMBALINAS DIABLAS Y TRAISTOS

Teatro de Lara «El Infierno de aquí», comedia en tres actos de D. Pedro Mata. «El Pie», entremés de los señores Alvarez Quintero.

—¡Hola, don Segismundo!
—¿Cómo va doña Elvira?
—¿Y usted, don Jerónimo?
—Vamos pasando doña Engracia...

¡Hola pollitos!... Juanito, buenas noches...

—¿Con que de teatro ayer?
—A la Bombonera.

—Pero con unos bombones que tienen dentro bala rasa.

—Fuertecito, fuertecito...
—A la clase media ¡la ponel...

—Pues, ¿de qué clase es él, vamos a ver?

—De la clase media... a medias. Esode la clase media quiere decir que somos a medias de una clase y a medias, no. Por eso nos llamó tontos a todos y no nos dimos por aludidos.

—Y ¿qué? a la clase media le gustan también a medias las comedias del Sr. Mata.

—No, ¡quí!... Si Mata escribe muy bien.

—¿Pedro Mata? ¡Ya lo creo!... Yo me he leído todas sus novelas; son preciosas.

—Pero, ¡que hombre más feo!

—¿Sí?...

—Una desilusión...

—Engracia ¿qué te oigo? No sabía que estuvieras ilusionada con el Sr. Mata.

—No te vayas a figurar... era una ilusión... de otra clase.

—De clase media.

—Claro, como la mía: una ilusión romántica... A mí las novelas de Pedro Mata me hacen soñar.

—A mí dormir.

—¡Qué gracia!

—Dormir después de acabadas, mujer, no te sofoques.

—Eres un patoso... Footballista, al fin y al cabo.

—Y ¿dice usted que es feo?

—Ay hija, sí... Para qué vamos a

decir otra cosa... Tiene unas narices... Parece mentira que sea ese el hombre que pone luego unas cosas tan preciosas en las novelas.

—¿Pero Engracia, ¡por Dios! ¿te figuras que las preciosidades novelescas se escriben con las narices?

—Desengáñate, Segismundo, parecía natural que el autor favorito de las mujeres fuese...

—El Gallo arrebató con el capote.

—Tolito, ¡por Dios!

—Y, ¿qué tal, qué tal la obra?...

—Los novelistas no sirven para el teatro...

—No diga usted vulgaridades. Vaya y verá...

—¡Vaya si sirve! Les aseguro a ustedes que en aquel segundo acto la gente estaba en vilo...

—Y en el tercero...

—Pues, ¿y el final del primero?...

—¡Qué conflicto, doña Elvira!

—¿Qué le pasa a usted?

—Digo en la comedia...

—¡Ah!, ¿pero es de esas de problema?

—Todo un problema, sí, señor.

—¡Conflictos modernos!

—Ah, sí... Aquello no es el teatro Lara... es la Academia de Jurisprudencia... Se plantea un caso...

—¡Atroz! El pobre Thuiller... ¡qué disgusto se lleva!

—Es que no hay derecho ¿eh? Con lo bueno que es Thuiller—no hay más que verlo—y con lo caballero... ¡darle aquel disgusto y verse en aquella situación teniendo que separarse de su mujer a la que quiere tanto!...

—Las leyes, en esto del matrimonio, están muy mal, no hay que darle vueltas... Porque ¡desengáñese usted! es muy triste que un marido se porte mal, deje a su mujer—a una mujer como la Catalá, tan buena—y la pobre se vaya a tener que resignar y quedarse sin...

—Sustitutivo...

—Esa es la ley.

—La del embudo.

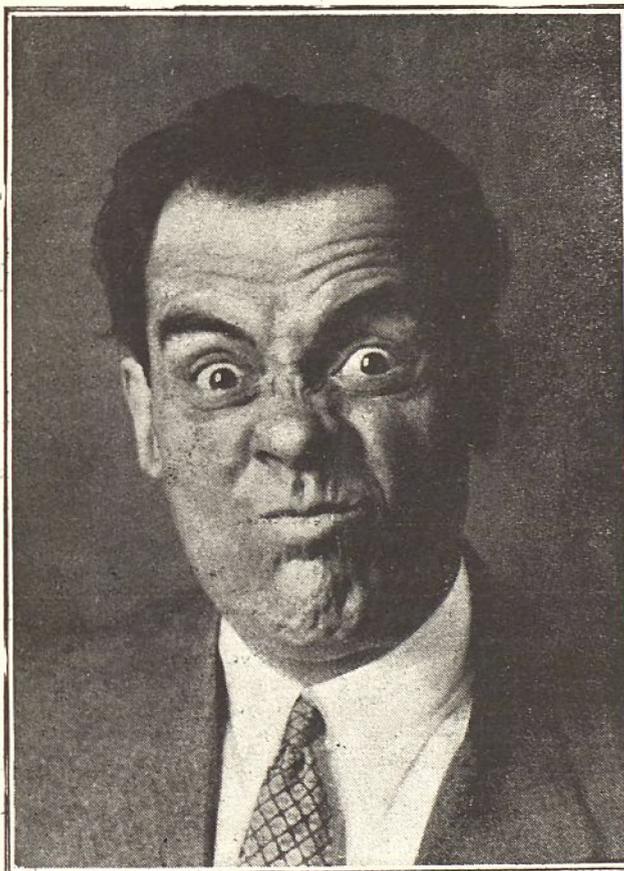
—¿Y cuando es la mujer la que se va?

—No; perdónese usted: la mujer casi nunca se va de casa cuando se enamora de

otro; hay que ser justos. Las mujeres no se van de casa y hasta procuran que no nos enteremos de nada.

—Claro; proceden con más delicadeza.

—Tampoco se van los hom-



El gran Faustino Bretaña, jugando al serio con los lectores de BUEN HUMOR...

—Adecuado, sí, señor. El autor de *Un grito en la noche* tan del gusto de las señoras parece natural que fuera trastornante, arrebatador.

—Arrebató con la pluma.

—¿Como el gallo?

bres mira tú. Pues hay pocos que...

—Se van más, se van más: porque como el hombre es el que sostiene la casa, si tiene que estar sosteniendo una casa en cada mano, no le queda brazo libre para abrazar a la señora... y acaba por irse.

—Es un problema, créalo usted, que necesita pensarse mucho.

—Nosotros, desde que fuimos a Lara, estamos estudiando el asunto.

—Este se ha agarrado al Alcubilla y me suelta unos párrafos mientras se le enfría la sopa, que parece Serrano Batanero...

—Es que la ley es terminante: en caso de evicción colateral...

—¡Recódigo, Don Segis!... ¡no se ponga usted así, por la Virgen!... que me acuerdo del Sánchez Román y se me ponen los pelos de punta...

—Poco a poco... El caso que plantea Pedro Mata no es el caso de la ley.

—¿Cómo que no?... Thuiller te dijo bien claro que la ley...

—Sí, pero en cambio la Catalá de...

—Fíjate en las palabras del verdadero marido cuando...

—No... las palabras que debes tener en cuenta son aquellas de la hija cuando dice: «Sí, ya sé lo que nos vas a decir, que no es moral... pero ¡es humano!» ¡Vaya un arranque!... Eso es valentía y eso es... atrevimiento.

—No se trata ahora de si es o no es valentía... déjame ahora de atrevimientos. ¡Vosotras, las mujeres, en seguida os entusiasmaís con los atrevimientos!... Vamos al fondo. Hay que fijarse en el argumento de la obra. Un marido abandona a su mujer y se marcha a América con otra dejando a su esposa en medio de la calle, sin recursos y con una hija pequeñita.

—Es una faena...

—Como de *Chicuelo* en mala tarde.

—La mujer encuentra a un hombre que la ofrece todo cuanto puede, incluso el matrimonio si pudiera, y la mujer, por salvar a la niña, acepta la protección amorosa de aquel hombre a quien acaba por querer.

—Claro, señor; si él ha sido bueno...

—Calla, Engracia; procedamos con método y por orden.

—Al cabo de veinte años, el marido legítimo vuelve... quiere alquilar una habitación; la casualidad le lleva a la casa nueva de su mujer y... ¡y calculen!

—Calculen el disgusto que se llevan aquellas pobres gentes!...

—Y cualquiera... ¡Hay que ponerse en su caso!

—Elvira, no exageres... No veo para qué tengas tú que ponerte en ciertos casos...

—Claro; lo importante es el conflicto; y el conflicto, ¿cuál es? Está bien claro: el conflicto entre lo que es moral y lo que es humano, en los casos en que el abandono del hogar trae

consigo un doble caso de adulterio, motivado por escaseces pecuniarias de la preopinante y seguido de un efecto duple perpetrado, respectivamente, en el corazón de la madre y en la consolidación financiera de la hija, seguido de una complicación también duple consistente por una parte en engaño social al hacer creer a las gentes que estaban casados no estándolo y por otra en la circunstancia de que el marido legítimo está enfermo.

—¡Luego dicen que ganan mucho los autores! ¡Mire que hace falta cabeza para concebir esos problemas y atar bien todos los cabos!



Faustino Bretaña, del Teatro Martín, viendo como se asoman al balcón todas las mujeres para verle cuando sale de casa.

—Hay que estudiar las cosas, por supuesto. Pero una vez estudiada se ve claramente que hay seis conflictos superpuestos, concéntricos y correlativos:

1.º El conflicto del matrimonio que no puede deshacerse aunque la víctima no sepa lo que hacerse cuando el cónyuge le ha hecho una hija y una charanada.

2.º El conflicto de las subsistencias que pone a las esposas abandonadas en el trance de buscar un socio capitalista.

3.º El conflicto del corazón que acaba por hacer que la esposa abandonada se interese no en el negocio sino en las prendas del negociante y acabe por considerar que lo capital es, no el capital del socio sino el socio del capital. O sea, dicho más claro, todavía:

conflicto del interés compuesto en relación con la regla de tres.

4.º El conflicto de los alquileres y los huéspedes, porque si la nueva pareja no hubiese buscado huéspedes no se hubiese encontrado con la huéspedada.

5.º El conflicto de las enfermedades en determinados momentos, porque si el marido no se sintiera como se siente enfermo en ese momento y no viera a Thuiller tan buen mozo y colorado, le daría un golpe en el acto, en mitad del acto y en mitad de la cabeza y se acabaría el acto en el acto, de muy distinta manera; y

6.º El conflicto de encontrarse con una hija—como la gentil Hortensia Gelabert—que, puesta frente a la vida, se la gana, y puesta frente al padre se la gana... el padre.

—Oiga, ¿por qué se llama la obra *El Infierno de aquí?*

—¿Pues te parece poco infierno verse con tantos conflictos?

—Y que son los conflictos de aquí los de todos... ¿no le parece a usted Don Segismundo? Un infierno casarse, un infierno descasarse, porque siempre es para volver a casarse... un infierno las subsistencias y los alquileres y los huéspedes; un infierno las enfermedades...

—No es eso, no señor. La obra se llama *El Infierno de aquí* porque el autor asegura que «todo se paga aquí».

—¡Ay qué ilusiones! Voy a transferirle a Pedro Mata mi colección de cuentas incobrables!...

—Habla en lo moral... Toda mala acción nos prepara un infierno en la tierra...

—¡Ojalá fuera! pero lo que es en eso, no... Que me dispense Mata, pero creo que le engaña su buena voluntad... El infierno de *allí* se ha fundado precisamente en vista de que *aquí* teníamos eso mal montado y se escapaban no pocos.

—Yo conocí una vez un sujeto que había estudiado para cura y que, después, se había vuelto descreído, y me decía:

—Mire usted, cuando dejé de creer en el Infierno, me llevé un disgusto atroz, porque ¡pensar que iban a escaparse sin castigo tantos granujas como se van de este mundo sin que las paguen aquí!...

—Creo lo mismo...

—Echan también ahora en Lara un entremés de los Quintero ¿verdad?

—Si señora... *Un pie y ¡qué piel!*... ¡primorosos!... como debe ser un pie: pequeñito pero ¡que grandel!... después de *El Infierno de aquí*... ¡la gloria pura!... Hay que ver la confección, la zapatería, la marca de fábrica, el zapatero (Sr. Isbert), el zapato, el pie (señorita Rivas) y todo lo demás, hasta llegar al cielo, según se va para arriba.

MANUEL ABRIL

(Fotos Rúa)

FUMORADAS DE SALDO

Fué una vida cruel la de Balbina...
Tuvo amores con veinte capitanes...
Y sin lograr el premio a sus afanes,
murió por fin soltera ¡y carabinal!

¡Guérrdate, si es bonita, de la chica
que en el Metro taladra tu billete!
¡Las hay que en cuanto ven a un mozalbete
le animan sonriendo..., a ver si él pical...

Quien tiene una criada *para todo*
y no atiza un abrazo a la criada,
perdone que le diga de buen modo
que tiene la criada *para nada...*

En capilla entró el reo Cañabate
y esperó su final estoicamente...
Y entretanto el verdugo, incautamente,
se entretuvo leyéndose *El Debate...*
¡Absurdo atroz! ¡Porque lo ví, lo creo!
¡¡Hincó el pico el verdugo antes que el reo!!...

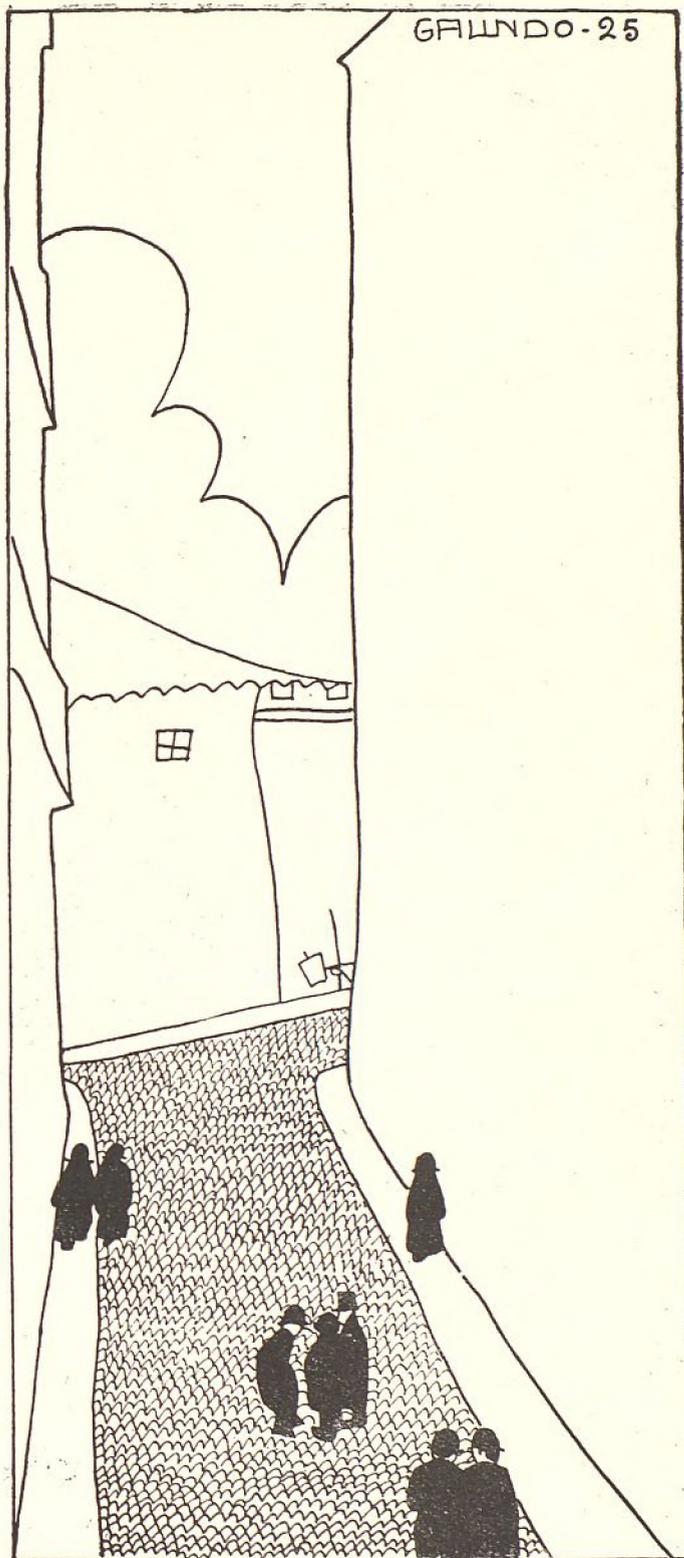
No hay hombre que, en presencia de unas piernas,
no las lance miradas harto fiernas...
Al mismo Romanones he pillado
mirando (y no lo digo con perfidia)
las piernas de las hembras con agrado,
las de los caballeros con envidia...

Según dice quien trata a Sánchez Toca,
vive tan bién que está a qué quieres, boca...
¡Bah!... Lo enorme sería que estuviera
a qué quieres, nariz..., ¡¡y que quisiera!!

—¡Me queda mucha vida por delante!—
me decía don Pedro Echevarría—
¡Tengo tiempo bastante y aun sobrante
para ir de Sol a Ventas en tranvía!...

Las hijas de las madres que amé tanto
son unas sinvergüenzas que da espanto.
¡Cuidado que lo dije, y muy formal:
si ven las niñas esto, harán igual!

NÉSTOR O. LOPE



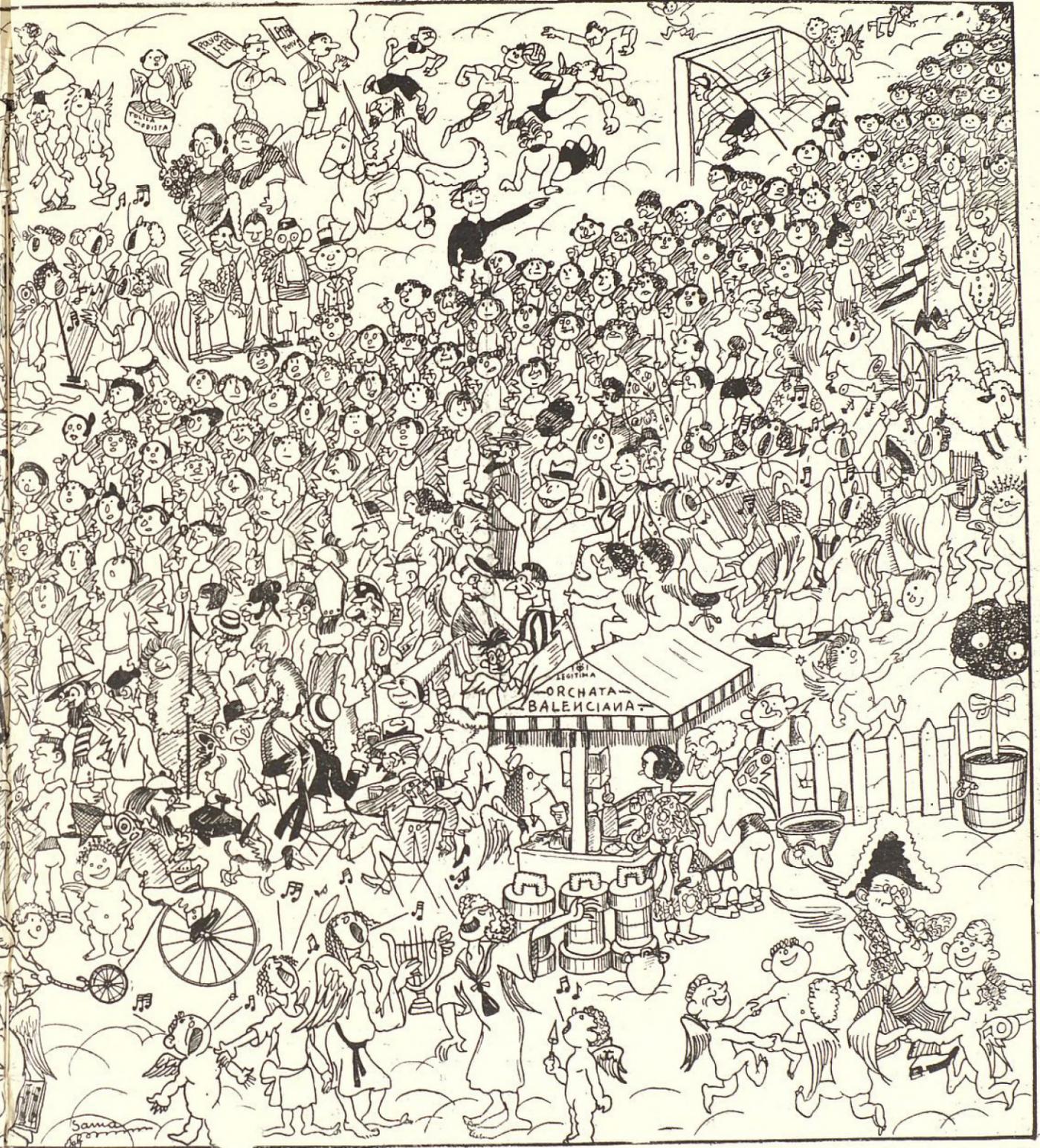
Dib. GALINDO.—Madrid.

—Voy al entierro del pobre Muñoz, pero como no era amigo mío, voy bastante a disgusto. En cambio, si se tratara del entierro de usted, iría de bonísima gana...



EN LA MANSIÓN DE LOS JUSTOS

(Nota del dibujante. — Sólo se ven 154; las 1.846 restantes unas han pasado ya, y las otras ya pasarán.)



LAS ONCE MIL VÍRGENES SALEN DE PASEO

Dib. SAMA. — Madrid.

PRINCIPIO DE NEURASTENIA

LA BODA DE FERNANDO

Aseguraba lord Byron que él se levantó una mañana y se encontró famoso. Esta frase siempre me ha dado que pensar, porque tomada en su sentido más lato, me parecía bastante absurda. Pero para cada cosa que no comprendemos, la vida nos reserva un momento de clarividencia. Y ahora hasta se me antoja posible y natural la declaración de lord Byron. Porque es imprescindible que sepa el lector que yo he despertado una mañana y me he encontrado neurasténico.

Lamentaría que fuese tomada a broma una confesión tan importante. Hoy no se trata de inventar una extravagancia divertida, sino de comunicar un hecho cierto y de consecuencias maravillosas.

La neurastenia es la enfermedad más interesante, porque es tal vez la única que hace cambiar el ideario del enfermo, y una revulsión intelectual es fenómeno que no se produce con frecuencia en el mundo.

Por eso, al despertar esa mañana memorable, he notado que el individuo que se había dormido la noche anterior, viajando por la isla de Java de la mano de Blasco Ibáñez, había muerto durante el sueño, y quien despertaba era otro ser totalmente disjunto.

El mundo sensible cambia por completo para el atacado de neurastenia y toma el aspecto de una imbecilidad elevada al cubo. La primera pregunta que se hace el neurasténico es la siguiente: *Bueno, ¿y qué?* Esto, al parecer tan nimio, es francamente terrible y causa la desesperación de los hombres sanos. Todo lo que en la Tierra es impuro y resorte para los demás, aparece como estúpido e intrascendente a los ojos del neurasténico. El amor, el dinero, la nombradía, los viajes, las satisfacciones espirituales, todos esos *objetos para regalo* por los que los hombres se hacen visco desde hace eteidades, sólo arrancan del neurasténico este comentario: *Bueno, ¿y qué?*

Los amigos rodean al neurasténico y le cuentan sus ansias y sus proyectos, con el afán de divulgación que es al fin y al cabo lo que mantiene en pie a ese conglomerado de vanidad que es un hombre. El neurasténico escucha a sus amigos con el desdén con que escucharía Wagner el *Maldito tango*.

—Chico—dice uno—estoy deseando sacar plaza en las oposiciones para casarme con Matilde, que me tiene loco.

—Bueno, ¿y qué?

El amigo se desconcierta ligeramente.

—¿Cómo que y qué? Ya sabes que Matilde está enamoradísima de mí; nos casaremos. Su padre nos da un piso de su casa de la calle de Zurbano y para los veranos nos cede el hotelito de San Sebastián. Mi suegra nos regala un *Citröen*. Soy muy feliz... Ya verás cuando tenga dos chiquillos, que sacarán los ojos de Matilde y las narices mías...

El neurasténico no puede aguantar más incongruencias y responde así:

—Eres un idiota, Fernando. Casarte con Matilde constituye tu ideal... Pero, ¿acaso has meditado bien la imbecilidad en que se cifra tu dicha? Te casarás; durante dos meses Matilde será el lugar geométrico de todas tus caricias. Viajaréis. La llamarás por los nombres más cariñosos y estarás pendiente de sus labios. Ella te imitará. Haréis el ridículo en todos los comedores de todos los hoteles. De vez en cuando apretarás una mano de ella y los dos sonreiréis dulcemente. Un día, a los dos meses justos, comprenderás que apretar la mano de tu mujer no es una causa demasiado suficiente para sonreír con dulzura. Un mes más tarde verás lo absurdo de llamar *nenita* a una mujer de veinticinco años. Después harás la consideración de que para pedir la salsa en la mesa no es preciso decir: *¿Me das la salsa, mi vida?*, sino que es más rápido y más natural exclamar: *Matilde, dame la salsa*.

El amigo se mueve en la silla un poco molesto. El neurasténico continúa:

—Volveréis a Madrid; ocuparéis el piso de la calle de Zurbano; todo te parecerá bien; pero pronto descubrirás que la calle de Zurbano es una de las calles más tristes de Madrid y huirás de casa. En cada mujer que conozcas hallarás cualidades que no has hallado en Matilde. Matilde te reprochará tu desvío. Y el matrimonio comenzará a parecerse una cosa demasiado larga. La seguridad de que no puedes casarte con otra te darán ganas de casarte con todas las que veas. Una cólera sorda te irá invadiendo y no bastará para alejarla de tí ni los lloros continuos de tus bebés ni el engrosamiento pertinaz y matemático de Matilde. Los veranos iréis al hotelito de San Sebastián. Tu familia bajará a la playa y tú recorrerás todos los cafés tomando vermouth

en medio de un pesimismo acentuado. El hecho de ser casado apartará de tí las muchachas bonitas y solteras y acercará a tu persona a muchos señores serios que comentarán la campaña de Africa dando puñetazos en las mesas.

El amigo ve perdida poco a poco su serenidad y el neurasténico sigue implacable.

—Harás excursiones en el *Citröen*; se te estropeará muchas veces en el camino y un día tendra que remolcarle una pareja de bueyes desde Lourdes o desde Biarritz. Esto te pondrá de mal humor y por fin renunciarás al *Citröen*.

—¡Calla, calla!—dice el amigo al borde ya de la desesperación.

—Tu mujer ya no será la niña graciosa y alegre de hoy; será una madre, preocupada, dedicada exclusivamente a los niños y que, de cada diez veces que te hable, una será para comentar las deserciones de las criadas, dos para hablar de las enfermedades de los niños y siete para pedirte dinero.

—¡¡Calla!!—ruge el amigo, con los ojos saltones por la ira.

—Quieres que tus hijos—sigue el neurasténico—saquen los ojos de Matilde y las narices tuyas. Supongamos que Matilde no se pusiera bizca con tanta frecuencia como se pone y supongamos que tus narices no son todo lo feas que son en realidad. Pongamos que tus hijos tienen unos hermosos ojos y unas lindas narices... Pero ¿crees tú que esos ojos y esas narices son bastante para conseguir la felicidad futura de tus hijos.

—¡Ah! ¡No puedo más!—vociferaba el amigo con los brazos en alto—. ¡Me voy para no matarte!

Y el pobre hombre desaparece tras una esquina. Queda sólo el neurasténico, un poquito consolado de su dolencia y se le acerca un vendedor de periódicos.

—Señorito... *Informaciones y La Voz*.

—¿Tú quieres vender todos esos periódicos, verdad?

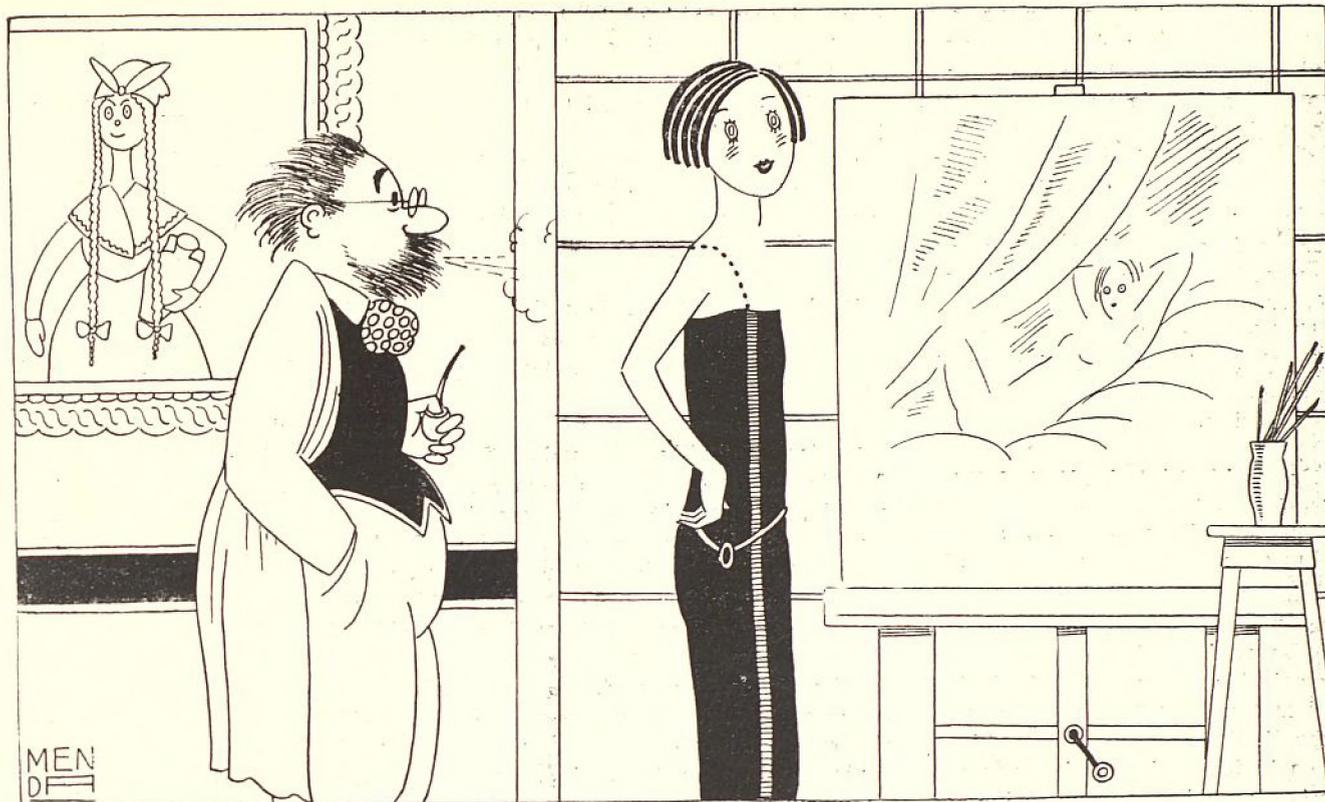
—Sí, señor.

—Bueno y cuando lo hayas vendido, ¿qué?

—El chico se queda pensativo y luego silba el chotis del *Don Quintín*.

Y el neurasténico compra todos los periódicos al chico y se pone a repartirlos a los transeuntes en la Gran Vía. Yo puedo asegurar que estoy muy contento con mi neurastenia.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



EN EL ESTUDIO DEL PINTOR

- Qué mujer más perfecta, ¿eh?
 —No le falta más que hablar.
 —Por eso digo que es perfecta.

Dib. MENDA.—Madrid.

CONSULTORIO DE "BUEN HUMOR"

Fermín Zapico. Madrid.— Aunque estamos ya bastante cansados de responder a consultas sobre conflictos tremendos entre suntuosas suegras y yernos modestísimos, accederemos a su ruego por una vez más, teniendo en cuenta la angustiosa urgencia con que usted nos pide consejo. Su caso de usted se parece a todos los casos en que la madre política atiza y el yerno soporta, en la que la suegra frunce el velludo ceño y el hijo político sonrfe beatífico ante la inminente flagelación costillar. Ahora bien, el caso tiene no un remedio, sino una barbaridad de remedios que vamos a enumerar seguidamente para que escoja usted el que le parezca más realizable y económico.

Puede usted librarse del tormento de convivir con tan egregia señora por

cualquiera de los siguientes y elegantes procedimientos:

- Matándola del todo.
- Hiriéndola gravemente.
- Muriéndose usted.
- Marchándose a Pernambuco en el primer vapor decente que encuentre usted a mano.

Denunciándola como espía de los bolcheviques.

Mostrando que está en inteligencia con Abd-el-Krim.

Diciendo al gobernador que no se vacuna hace veintinueve años.

Comprando un perro de presa y teniendo la paciencia de estarle insultando cuatro meses seguidos para hacerle rabiar y ver al la muerte.

Convenciéndola para que se haga radioescucha. ¡Esto no falla!... A los

pocos días, o hace cisco de un puñetazo el *alta voz* o queda en un estado de marasmo, de renunciamento, de dejadez y de resignación cristiana, que puede hacerse de ella lo que se quiera, sea un ovillo, sea un montón de basura vil.

Como usted verá, si hay yernos desgraciados es sencillamente porque les da la gana. Con cualquiera de los procedimientos que hemos tenido la amabilidad de apuntar, el éxito es inmediato y seguro. Añadiremos que, en cambio, hay otros sistemas para la extinción de las suegras que resultan inútiles o contraproducentes. Entre los más ineficaces figuran el sublimado corrosivo, los gases asfixiantes, la insolación, la cornada, el choque de trenes y el vuelco de automóviles, estos últimos

sobre todo, hasta tal punto que en esta redacción pagamos doce pesetas por cada periódico que nos presenten con las siguientes noticias: *Choque de trenes en Jadraque. Tres suegras muertas... Catástrofe automovilista en Pinto. Una madre polítrica destruada... Corrida de toros emocionante. Fallece la suegra de un picador, a consecuencia de una gravísima cogida...*

Noticias que estamos por jurar que ni se han leído nunca, ni se leerán jamás, a pesar de la cuantía de nuestra gratificación.

Romualdo Pintado. Valladolid.—¿Quién es el inculto profesor que le ha dicho a usted que los cafres no hablan?... Lo que sucede es que dicen muchísimas barbaridades, y que las personas serias no deben discutir con ellos, pero de que hablan es una prueba palpable el que en Cafrería hay constantemente tal escándalo que no pasa día sin que se quejen los vecinos. Y ya lo han dicho muchas veces al quejarse: ¡no tienen consideración nin-

guna, ni a que sea hora de siesta, ni a que haya enfermo, ni a que le duela a uno la cabeza... ¡son unos cafres!

¿Se ha convencido usted ya de que hay cafres que hablan?

Porque parece mentira que no lo haya supuesto usted, viendo como verá usted constantemente que hay cafres que escriben también.

Rosita Cienfuegos. San Sebastián.—En el cine, los que menos tocan son los profesores que componen la orquesta.

Carlos Estarilla. Valencia.—En Austria sucede algo absurdo, en ese sentido, que no debe usted ignorar. Se dá el caso de que en un entierro de campanillas, por muchas coronas que lleve el difunto, hay quien le gana siempre. Ejemplo terminante: en el reciente sepelio del doctor Switmayer, llevaba la carroza fúnebre cuarenta coronas. Pues bien, la agencia funeraria llevó un millón de coronas y todavía le pareció poco, hasta el extremo de discutir agriamente con la atribu-

lada familia, que quería que se las rebajasen hasta ochocientos mil.

Remigio Portalegre. Sevilla.—En el mundo ha habido una vez quien ha levantado un muerto sin idea de lucro y con completa inocencia.

Es el único caso, pero conviene que conste.

Fué el día memorable en que se pronunció la conocida frase de *¡Lázaro, levántate y anda!*, que como usted verá es lo contrario de lo que dijo un ex diputado conservador, en cierto casino, al incautarse de una moneda de cinco pesetas sin padre conocido:

—*¡Amadeo...*, alza para adentro!

Tras de cuyas palabras, se incrustó al pobre Saboya en el bolsillo del chaleco, y el que echó a andar fué él, y por cierto bastante más aprisa que el con-sabido Lázaro.

Y sin que nadie se diese cuenta de su desafortada faena, que nosotros hemos sabido por un verdadero milagro, casi tan bíblico como el otro.

ERNESTO POLO

VERANE O "REMATADO"

Don Servando y su mujer
fuéronse a veranear,
ávidos de recorrer
mil hoteles junto al mar,
dejando aquí solamente
a su hijo Luis, gran tunante,
y a Bruna, joven sirviente,
cuidando del estudiante.
Y verás, lector amado,
lo que al regresar del Norte,
nuestro amigo se ha encontrado
en su casa de la corte:
Luis, con unas calabazas
de papá y muy señor mfo
por no haberse dado trazas
de estudiar en el estío;
una acuática gotera
en medio del comedor,
que cae sobre la sopera
de la vajilla mejor;
la colorra que la Paula
trajo de Naval Moral,

muerta dentro de su jaula,
no se sabe de qué mal;
de las tazas que a la Bruna
dejó con asas Inés,
con asa... fétida, una,
y sin ningún asa, tres;
el portero Andrés Corral,
que era un tfo hipocritón,
alejado del portal:
¡en la cárcel por ladrón!
Y la luna de un estante
que dejaron sana y bien,
en su cuarto más menguante,
es decir, partida en cien;
en una alcoba cerrada
rotas cinco o seis bombillas;
Bruna, tan de mejorada,
que hasta enseña las cosillas;
un chiquillo de verdad
procedente de París
y que, por casualidad,
se parece todo a Luis,

y, por fin, en el despacho,
una carta del casero
(que ya no es ningún muchacho,
pero que es un bandolero)
que a Servando hace saber,
sin decirle la razón,
que le sube el alquiler
de su casa habitación.
¿Qué hizo el pobre don Servando
con tal cuadro en su presencia?...
montó en ira, y, renegando
de su suerte y de su ausencia,
¡arrojó con sucios modos,
sin poderse contener,
cuanto en los hoteles todos
hubo el pobre de comer!
Y no se mató aquel día,
porque se puso a pensar
que, muerto, ya no podría
volver a veranear.

JUAN PEREZ ZÚNIGA



— ARISTO TÉLLEZ —
LXXXV

Dib. ARISTO TÉLLEZ.—Madrid.

—¿Y nada más que siete pesetas me pone usted por la merluza?
—Señor... es que una merluza medio decente no puede ser por menos.

¿BIEN... O MAL?

Voy a exponer una duda que atormentándome está, pues no quiero tal problema llevarme a la eternidad y pasarme allí los siglos en continuo cavilar o dándome coscorriones contra el mundo sideral.

Ello es, lectores hermanos, que no sé dilucidar si en algunas ocasiones que con frecuencia se dan, *hago mal pensando bien o hago bien pensando mal.*

Por ejemplo: en los paseos a diario puedo observar muchas niñas postineras («chicas bien», y está de más añadir que van luciendo su magnífico collar de perlas, cuyo valor de un duro no bajará, y su sombrerito *cloche*... ¡pues no faltaría más!), las cuales, cuando se hallan cansadas de pasear, se sientan, cruzan las piernas con descuido además, y como la falda es corta y aun sube un poquito más,

¡no son *medias*, sino *enteras* lo que se puede atisbar!
¿Las miráis...? Pues ¡tan campantes!
¿Seguís con la visual las escultóricas líneas...?
¡No importa! ¡Lo de *guardar las formas*... bajo la falda es cosa anticuada ya...!
Ante esas lindas damitas me suelo yo preguntar: *¿hago mal pensando bien o hago bien pensando mal?*

Otras, observo en los cines que, temblorosas quizá al verse envueltas las pebres por aquella obscuridad, mientras que la «carabina» duerme en seráfica paz, contra el novio que está al lado se estrechan de modo tal, que las dos siluetas llegan una sola a resultar: curioso efecto de óptica sospecho yo que será, porque cesa al dar la luz ¡y es mucha casualidad!

Más es tan raro el efecto que no me lo sé explicar, y al mirar a estas chiquillas surge la «duda» tenaz:

¿hago mal pensando bien o hago bien pensando mal?

Otro tanto me sucede cuando las veo bailar con ondulación felina y agarrándose al galán: ya sé que es en previsión de que puedan resbalar, o por miedo a un consiupado, pues con poca ropa van: no es descoco, ¡qué ha de ser! ¡Mera precaución no más...!

Sin embargo, —lo confieso, ¡no lo puedo remediar!— al verlas, brota en mi ánimo la pregunta suspicaz: *¿hago mal pensando bien o hago bien pensando mal?*

Por eso en público quiero esta *duda* presentar, para que me la resuelva quien de ello fuere capaz y diga si, en tales casos y mil análogos más, *hago mal pensando bien o hago bien pensando mal...!*

MIGUEL-A. CALVO ROSELLÓ

DOS HISTORIAS DE RADIO

Para José Santugini, teleoyente.

I

DIMAS, EL CURIOSO

Dimas, que se pasaba la vida escuchando detrás de las puertas, encontró en la Radio su goce colmado. Ahora, con los auriculares pegados a los oídos, como un nuevo aparato de ortopedia, se enteraba de todo lo que no iba con él.

Si se hubiera inventado también la manera de leer lo que hay escrito dentro de los sobres cerrados, pegados por los bordes con la mejor saliva de guardar secretos, Dimas tendría satisfechas sus máximas aspiraciones, pues nada calmaba su curiosidad insaciable como enterarse de todas las cosas que no le interesaban.

El, tantas veces, había llegado tarde a resolver sus asuntos por retardar el paso en la calle escuchando las conversaciones ajenas, las palabras que le rebotaban en la espalda, los trozos de diálogos incomprensibles que le venían pisando los talones...

El, tantas veces, había husmeado en los pupitres de sus compañeros de oficina, para leer las palabras perdidas en trozos incompletos, las palabras escritas sobre el secante o en el margen de la carpeta, escritas en los compases de espera del redactor y que son como las palabras sueltas que pronunciamos cuando no nos oye nadie y que contienen todo un mundo...

El, tantas veces, había revuelto los cajones de los muebles de la vieja casa paterna, para encontrar las cartas olvidadas y enterarse de los secretos ya caducados, de encargos ya cumplidos y de los asuntos ya resueltos, lejanos, pardos en la tinta y en la memoria...

En la Radio, Dimas escuchó las voces lejanas, las atrapó en el aire, en pleno vuelo, con la red tendida de su antena.

Pero como siempre estos vicios grandes o pequeños tienen su castigo grande o pequeño también (una vez, un niño muy curioso), resultó que un amigo bromista, de esos amigos que nos gastan bromas peores que las de los enemigos, consiguió colarse, no se sabe cómo, en el gabinete de un micrófono, para poder decir, seguro de que Dimas había de oírle a aquella hora:

—A Dimas se la pega su mujer...

Y así le amargó la audición para siempre, escuchando su mal, que venía mecido por el aire.

Porque lo peor era que era verdad. Por eso, Dimas no volvió a radio-escuchar más, por sí a lo mejor, la voz indiscreta le decía con quién, que era lo que Dimas no sabía y lo que no quería saber de ninguna manera.

II

EL AGUA QUE CANTA

Un día que el padre no tuvo oficina, porque era una de esas fiestas rociadas en el año y que sorprenden en el almanaque con su número de medio luto, el padre anunció que iba a instalar la Radio en la casa.

Para los niños fué un domingo científico aquel día de entre semana, con el traje y la holganza de los domingos auténticos, pero que tenía una sesión de física recreativa. Menos mal que el padre les permitió que le ayudaran y le trajeran los hilos y el martillo y las tijeras y sostuvieran bien cuando él les dijese que sostuvieran bien.

La antena, en lo más alto, haciendo funambulismo sobre el lomo del tejado. Los hijos, bajando por el agujero de la chimenea hasta el aparato de varias lámparas y de allí el hilo que fué a parar al pozo del jardín, cambiando en toma de agua la toma de tierra, fatalmente.

Fatalmente, porque las ondas que, para ellos, se perdían de una vez, se quedaban en el agua, bien flotando en el agua, bien formando en el fondo un cieno de sonidos y subían dentro del acetre.

Y notaron que sobre la mesa, en los vasos, el agua cantaba muy bajito.

—A ver, callarse a ver...

En efecto, subía de los vasos música que se había caído al agua y que no se había ahogado en el fondo del pozo.

Se oían en los vasos canciones distintas, de distintas ondas, y los niños se peleaban unos contra otros por beber en el vaso de las seguidillas y no en el del trozo de ópera.

En el jarro, aun se oía más, más gordas las voces, más fuerte la orquesta. Y en el acetre, colgado como una campana en el campanario del pozo, con el agua bien fresca, era más fuerte, más limpio el sonido que subía como sube el vapor de agua.

No le dieron importancia a aquello en la casa y bebieron del agua que cantaba. Por las noches, los niños se dormían más pronto, sin dar guerra, arrullados por la digestión armónica.

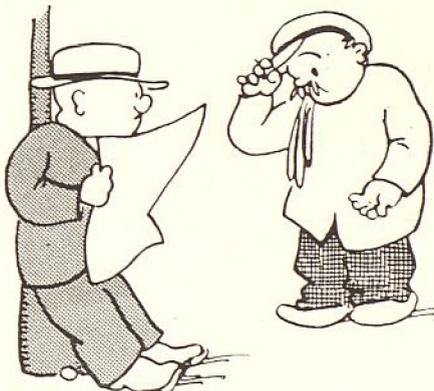
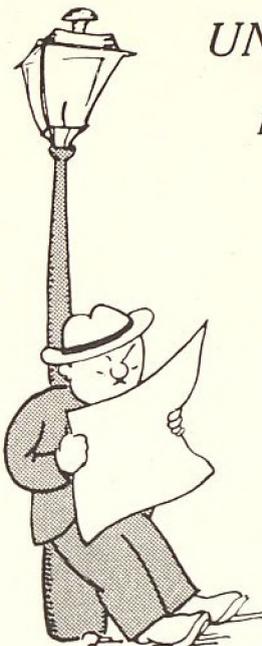
Hasta que el médico dijo que aquello era malo y que podían acabar por volverse todos ventrílocuos.

Sólo esto, el horror de pensar que uno u otro de los suyos pudiera acabar haciendo hablar por los teatros a unos muñecos (el niño, el borracho, los baturros, la señora, el perro, la cabeza parlante), hizo que el padre se decidiera a cambiar la toma de tierra, aunque, de vez en cuando, los días de santo la pusieran en el pozo para obsequiar a las visitas con un vaso de aquel agua sonora.

José LÓPEZ RUBIO

UN DERECHO ADQUIRIDO

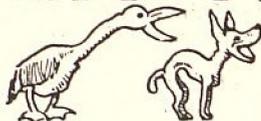
Historieta, por PÉREZ MUÑOZ, Madrid.



Pérez Muñoz



DEL BUEN HUMOR AJENO



PEQUEÑAS HISTORIAS *por W. PERRINS*

Las andanzas de un periodista después de muerto.

Un periodista influyente acaba de morir. Su ángel guardián lo lleva al cielo y va a hacerlo entrar, cuando San Pedro se interpone:

—¿Profesión? — pregunta el santo con laconismo militar.

—Periodista.

—No hay sitio. Y da un portazo.

—Vamos a ver en el infierno—dice el ángel.

—¿Usted es?

—Periodista.

—No hay sitio. Y cierra la puerta el diablo, pero con más suavidad que San Pedro.

El periodista tomó la cosa filosóficamente. Se retiró a una estrella abandonada y fundó un periódico.

Un mes después tenía entradas de favor para el cielo y para el infierno.

En un curso de urología.

En un curso de urología del doctor X. Delante del catedrático se hallan

alineadas sobre una mesa varias probetas de cristal conteniendo líquidos diversamente colocados; los unos claros, turbios los otros. Van pasando por turno por las manos de los alumnos, que atentos escuchan las explicaciones del doctor. Enséñales éste a emitir juicio sobre el aspecto de las orinas que les presenta. Y les dice:

—Por claros que sean los indicios, señores, no se fíen ustedes de ellos para establecer el diagnóstico. El gusto constituye una ayuda poderosa. Y uniendo a la palabra la acción, el catedrático introduce un dedo en la más repugnante de esas aguas residuales y se lo lleva a la boca. Como quien cata un vino nuevo, saborea el líquido haciendo sonar la lengua.

—¿Quieren ustedes darme su opinión, señores?

Un gesto de disgusto se pinta en todas las caras; pero el catedrático lo pide y hay que obedecer.

Cuando todos lo han probado, dice el doctor:

—Señores, tengo el sentimiento de

comprobar que ninguno de ustedes tiene la cualidad profesional más indispensable que es el espíritu de observación. Ni uno sólo de ustedes ha notado que yo introduje en la probeta el dedo índice y me llevé a la boca el del corazón.

Los alumnos no le perdonaron nunca este experimento.

Un invento ingenioso.

Un sabio inglés, el doctor Bargasse, que actualmente se encuentra en Francia, acaba de inventar una guillotina cuya perfección es asombrosa. No tiene nada que ver con la máquina ideada por Guillotín, antiguo instrumento pasado de moda. La guillotina del doctor Bargasse, que presta sus servicios hace treinta años en un penal, funciona sin que haya necesidad de recurrir a la mano de obra de un hombre del oficio. Suprime al verdugo, arrebatándole su medio de vida a ese cirujano experto en el arte de practicar la operación de la traqueotomía en los condenados. Libra al Estado, por consiguiente, de funcionarios inútiles que gravan el presupuesto. Esta guillotina, gracias a un ingenioso mecanismo muy parecido al de las básculas automáticas, el condenado puede ejecutarse el mismo. Después de haberse extendido confortablemente sobre la báscula y colocado su cabeza en el arco, no tiene más que hacer sino meter una pieza de diez céntimos en una ranura; al instante baja rápida la cuchilla y la justicia queda satisfecha.

El cubierto perdido.

El cura de un pueblo invitó un día a cenar en su casa a un amigo.

Al día siguiente, la criada dijo al cura que faltaba un cubierto de plata.

El sacerdote encontró en la calle a su convidado y le dijo:

—¿Es curioso! Catalina no encuentra todos los cubiertos. ¿Dónde podrá estar uno que falta? ¿Es que me ha gastado usted una broma?

—Sí, señor cura. Oculté el cubierto entre las sábanas de su lecho de usted. Si se hubiese usted acostado en su cama, lo habría encontrado.

G. P.



EL VETERINARIO.—*Está demasiado gorda, señora. No hace ejercicio suficiente.*
LA SEÑORA.—*Si todos los días la saco conmigo de paseo en auto.*

(De London Opinion, Londres).

**CORRESPONDENCIA
MUY PARTICULAR**



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
Apartado 12.142
MADRID

HOMBRES MODERNOS: DESECHAD PERFUMES AFEMINADOS



AGUA COLONIA-EXTRACTO
LOCION-RHUM QUINA-FIJAPELO
Para Caballero

EL HOMBRE DEBE OLER COMO A HOMBRE

El Amolador. Madrid.— Usted será todo lo amolador que quiera, pero a nosotros no nos amuela usted. ¡Tendría que ver, con la práctica que aquí tenemos para evitar cierta clase de amolamientos!

L. L. B. Santander.— Efectivamente... El cuento es muy malo, pero Dios (que tiene una bondad muy superior a la nuestra) le perdonará con toda seguridad.

Rinkoka. Las Palmas de la Gran Canaria.— Ilustre canario cantarín: dispense usted que, con una franqueza rudísima, le digamos que *La Cita* es como para hacerse el loco y no ir...

Pobre porfiado.— Perdone, hermano, pero no llevo suelto ni un perro... ¡Y ojalá lo llevase, porque

Luis Orue. Bilbao.— Al dibujo de usted le ocurre dos cosas suavemente trágicas: la primera que viene en color y así no puede reproducirse, y la segunda que no entendemos el chiste por más esfuerzos típicos que estamos realizando hace quince días con tan laudable finalidad.

DANDY LA MEJOR CREMA PARA EL CALZADO—
MANUEL FERNÁNDEZ
Carrera de San Jerónimo, 14.
(LIMPIABOTAS)

Martín Velázquez. Madrid.— Su arte pictórico no tiene, por desgracia, nada de Velázquez; y si me apura usted, casi nada de Martín.

J. Camacho. Valladolid.— Admitido uno. El otro tiene un chiste que es una sencilla pena.

Pradillo. Bilbao.— No hemos dado en el clavo, querido amigo, **Carpintero. Madrid.**— El triunfo enorme de usted no está en la literatura, está en *las tablas*... ¡Duro y a la garlopa!

M. C. del P. Madrid.— ¿Los tres animales más estúpidos del planeta?

A M A D O R
— FOTÓGRAFO —
PUERTA DEL SOL. 13

A nuestro juicio son el pingüino, el calamar y usted. También son bastante mentecatos el burro, el cerdo

Si quieres estar hermosa, no gastes en una alhaja ni te compres otra cosa, que en *Casa Presa* una faja. Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

y la polilla ¡pero vamos! como los tres que hemos dicho primero, de ninguna manera. ¡Y conste que estamos dispuestos a abrir una encuesta y a demostrarlo cumplidamente, si se nos obligase a ello!... **Pirro. Madrid.**

Pirro no ganará un perro si escribe cosas tan necias como *El tino del entierro* y *Noruegas contra Suecias*...

No digas tonterías, linda Aurora, que el decir las en tí no se concibe; nunca ha habido, ni hebrá, ni lo hay [ahora, nada como el Licor Polo de Orive.

L. F. A. Madrid.— Tiene usted menos sombra que el desierto de Sahara.

F. R. R. Ayuntamiento de Madrid.— Comprenderá usted que un cuento que concluye con un suicidio, no es cosa que BUEN HUMOR pueda decidirse a aceptar. Y además, ¡qué tontería la del protagonista!... ¡Pegarse un tiro por tener un enfriamiento...

¡Y que tenía la de la novia del protagonista!... ¡Ausentarse de Madrid por evitar que su novio se ponga peca! ¡Que culpa podía tener ella de que el catarro fuese tan rebelde?... Pero la inocentada mayor es el título del dramático relato... ¡Mira que atreverse a llamar-

ALBERTO RUIZ
JOYERÍA.— CARRETAS, 7
Pulseras de pedida.
A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

le *El enfriamiento destroza un idioma!*.. Indudablemente, usted no estaba en sus cabales al planear la estrepitosa tragedia... Queda usted perdonado por esta vez, ¡pero que no vuelva a ocurrir!...

Mendián. San Sebastián.— Marrano que te eres o así! ¡Cesto que te estás!

CUPÓN
correspondiente al núm. 200 de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

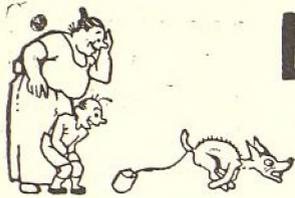
Cesáreo Alonso
Ortopédico del Hospital Militar y del Instituto Rubio.
Talleres propios. Precios económicos.
Fuencarral, 104. Tel. 405 J.

era seguro que se lo achuchaba a usted para que le mordiese por lo menos en una posadera!

Igartuamendiogorrotea.— Sánchez Toca chato, resulta menos absurdo que el asunto de su artículo humorístico (¡¡¡!!!), que hemos rechazado con dramática energía.

M. Bartolomé.— Seguimos sin acertar y seguimos deplorándolo.

Mary. Madrid.— ¡Oh, Mary, no puede ser!



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Sucedido.

En la comisaría:

Comisario.—¿Cómo se llama usted?

Detenido.—Segundo Diez Alcalá.

Comisario.—¿Dónde vive?

Detenido.—En viceversa.

Comisario.—¿Cómo en viceversa?

Detenido.—Sí, señor; Alcalá, 10, segundo.

Melchón Naval.—Burgos.

—Si los Reyes de España, Italia, Inglaterra y Bélgica, jugasen al tute, ¿cuál de ellos perdería?

—¡...!

—Ninguno; porque siempre harían tute de reyes.

Santiago Santacreu.—Madrid.

Dos amigos que van paseando por la huerta de Murcia, ven a una mujer con un niño de pecho y un haz de leña a la cabeza, y uno de ellos dice:

—Mira, que murciana, más estu-
penda.

—No hombre no es de Murcia, es de Madrid.

—¿En qué lo has conocido?

—Pues en el niño y en el haz de leña.

—¿Y eso que tiene que ver?

—¿Que qué tiene que ver? Saca la consecuencia y verás que lo que has visto es una madre y leña.
Pedro Vizcaino.—Melilla.

En el tranvía.

El cobrador.—Señores, hagan ustedes el favor de no ir todos en la plataforma.

Un viajero.—Aquí hay dos que no van en la plataforma sino en mis pies.

C. Porrillo.

—¿Cuál es el colmo de un astrónomo?

—¡Tener que preguntar a un vendedor de periódicos a qué hora sale el *Soll*...

Negrís.—Madrid.

Interesante.

Quien quiera puede comprar un libro de Belda, pero nadie puede comprar un libro de valde.

J. G. I.—Madrid.

¿Qué haría un alemán si tomando te cayera una mosca en la taza?

—Sacaría la mosca y tomaría el te.

—¿Y un inglés?

—Se serviría otra taza de te.

—¿Y un francés?

—No tomaría te.

—¿Y un judío?

—Sacaría la mosca, la pondría en la del vecino y luego tomaría el te.

—¿Y un gallego?

—Dejaría la mosca dentro y se tomaría el te, diciéndola:—Axunta los pies, que vas de viaxe...

Rafael Ramírez.

Arremanganagua (Cuba).

COLEGIO DE SAN IGNACIO

1.ª y 2.ª enseñanza. Incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros. Costanilla de los Angeles, 3. Veinticuatro profesores titulados. Director: Ignacio G.ª Alberico.

Los «Tenorios» de cocina.

—¿Y qué dijo la cocinera, cuando aprovechando la ausencia de tu señora, la abrazaste junto al fogón...?

—¡Se quedó echando lumbrel.

Carlos Atienza.

Se está celebrando una vista causa y el Presidente del tribunal es tuerto.

El abogado defensor está informando con gran vehemencia y al hacer un movimiento brusco con el brazo, se le escapa del dedo un gran sortijón que con mucha fuerza da en el ojo sano al Presidente; éste a fientas coge la campanilla y agítandola con nerviosidad, grita:

—¡La vista, ha terminado!

Pedro Soria.—Madrid.

Entre colegiales.

Si te ve el profesor estudiando en un auto de alquiler te vas a llevar un disgusto.

—¡Hombre! ¿Por qué?

—Pues porque en esta asignatura se estudia *sin... taxis*.

F. G. G.—Ceuta.

—Oiga: ¿ha visto algún policía por estas inmediaciones?

—No, señor.

—Entonces haga el favor de darme el dinero y el reloj.

Fresquito.—Tarragona.

—¿Que le cantaríamos a un niño que entrase a robar a una iglesia?

Mira, niño, que la virgen lo ve todo...

Toribio Granado.—Baracaldo.

En un café.

Mozo.—¿Que desea el señor?

Cliente.—Tráeme el *A B C*

Mozo.—¿Y después?

Cliente.—Después me traes el *Heraldo*.

Pola.—G.

Entre autores:

—Sabrás que estoy terminando mi último drama.

—¿Y en cuántos actos se desarrolla?

—En cuatro, ahora que en el tercero mueren todos los personajes.

—¿Entonces en el cuarto quién trabaja?

—Pues los de la funeraria...

Dionisio Sánchez.

Maldición gitana.

—Anda ya, so saborío. Permita Dió que te veas como las sartenes; colgao d'un ojo.

Tripiñas.—Córdoba.

Se encuentran dos amigos en la calle al cabo de muchos años ausentes, y uno de ellos que se la daba de ingenioso y conocía al mismo tiempo la falta de memoria del otro, le pregunta lo siguiente:

—Si yo me perdiera o me perdiese, ¿dónde crees tú que podría encontrarme?

—En Madrid, contesta aquél.

—No.

—En París.

—Tampoco.

—¿Pues entonces?

—En Marruecos, porque allí *Kabilas* y *me-hallas*.

El Granizo.



En una tintorería.

—Oye, niña, si supiera el dependiente que no pensamos comprar nada.

—Calla, mujer, que nos van a sacar los colores.

Dosía.

—¿Por qué no le conviene terminar el bachillerato a uno que tenga calentura?

—Porque entonces tiene un grado más.

El Bachiller de Almagro.
Madrid.

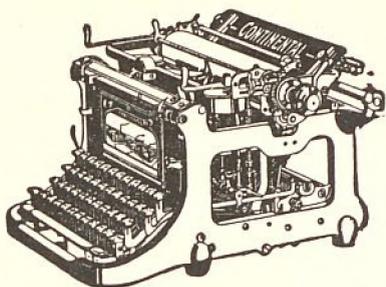
Fragmento del acta de un notario. «Procedí al embargo de una biblioteca, compuesta de mil volúmenes que copiados a la letra dicen así»...

M. Mani.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.

La máquina de escribir CONTINENTAL es la predilecta.



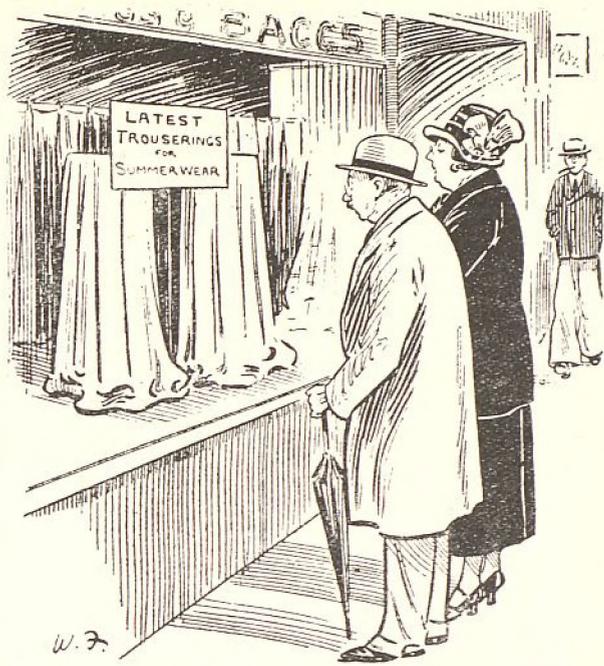
Pídanla a prueba a los concesionarios de España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. R.)

- MADRID.-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
- BARCELONA.-Clarís, 5.
- VALENCIA.-Mar, 8.
- BILBAO.-Ledesma, 18.
- PALMA DE MALLORCA.-Quint, 7.
- SEVILLA.-Rivero, 7.
- TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir CONTINENTAL, se venden máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS :: ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS



La señora corta de vista.—Mira, mira, Juan, qué largas se llevan este año las faldas.

(De The Humorist, Londres.)

VELLO

DESAPARECE INMEDIATAMENTE CON EL

DEPILATORIO **GVIDOR**

INOFENSIVO E INODORO

Estuche, 6 pesetas

PIES

AGILES Y JUVENILES PROPORCIONA

EL **PÉDILUVE GVIDOR**

SALES MINERALES PERFUMADAS

Estuche, 3,75 pesetas

EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS

Concesionario: PEDRO SUÑER.—Sicilia, 29. BARCELONA

LOS

FAMOSOS

POLVOS INSECTICIDAS

D B

LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de toda clase de insectos.

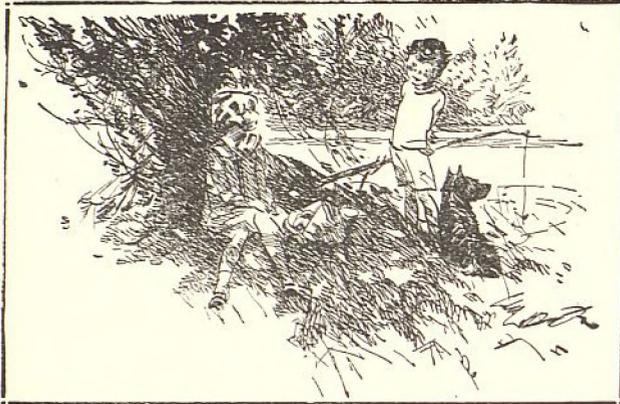
PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

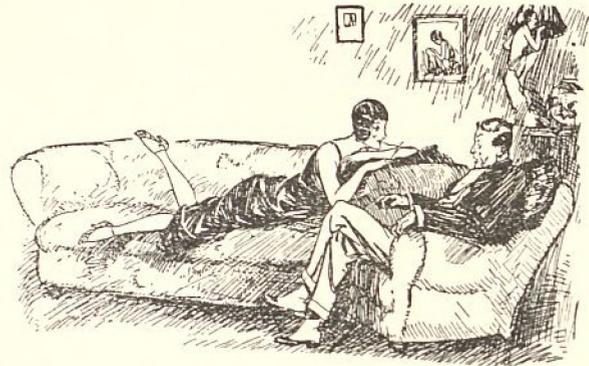
LOGROÑO

Agencia para la venta de BUEN HUMOR
en TAMPICO (Tamps) MÉXICO D. Hermenegildo David G., Apartado núm. 50



—¿Cuántos dulces te ha dado mamá?
—Dos, pero en el camino se me ha caído uno y el perro se ha comido el tuyo.

(De The Passing Show, Londres).



—Podemos casarnos contando con 500 libras al año. Mamá dice que tendríamos suficiente para vivir.
—Pero, hija mía, tenemos que dedicar alguna centida para el porvenir.
—¡Como todos los hon. bres! Siempre pensando en el porvenir!

(De London Mail, Londres).

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grises, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin sentirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



BILBAO

Dib. BILBAO.—Madrid.

EL.—En esta carrera he perdido mucho dinero.

ELLA.—No seas tonto, vete a ver si te lo devuelven, porque ya has leído que es «a reclamar».